

Guerra y medios de comunicación: ruptura de límites entre política informativa y tortura psicológica

Wilhelm Kempf

*"Me acostumbré en aquellos días crepusculares
a esa incertidumbre europea que no sufre
revoluciones continuas ni terremotos, pero
mantiene el veneno mortal de la guerra
saturando el aire y el pan".*

Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, 1977.

Pocos meses antes de ser asesinado por los escuadrones de la muerte salvadoreños, Ignacio Martín-Baró escribió: "Los estudios psicológicos sobre la guerra se concentran principalmente sobre dos campos: unos están orientados a perfeccionar la eficacia de acciones militares que sólo sirven al éxito de la guerra (lo que se denomina 'conducción de la guerra psicológica'); otros, se concentran en las consecuencias psicológicas de la guerra y están orientados a la prevención y a la terapia. Así mismo existe otro aspecto de la guerra de gran importancia y que debería ser investigado por psicólogos sociales: el modo en que ella pone todo lo social bajo su definición de poder" (Martín-Baró, 1991, p. 34).

Este tercer aspecto de la guerra es el tema del presente artículo. En un intento por comprender mejor nuestra propia situación psicosocial en Alemania durante la guerra del Golfo, utilizaremos como material de base para este trabajo, las experiencias traumáticas —como la tortura y el terrorismo de Estado— que han padecido muchos seres humanos en varios países latinoamericanos.

Las guerras de "baja intensidad", como las dirigidas por Estados Unidos durante la década de los ochenta en América Central, iban acompañadas de una estrategia propagandística masiva contra la opinión pública crítica que en EEUU y en Europa (ver Kempf, 1990) amenazaba con oponerse a la política de guerra de Reagan. En la medida en que en EEUU se convirtió a su propio pueblo en objetivo de la conducción de la guerra psicológica, se confirma no sólo aquella experiencia que Pablo Neruda (1977, p. 328) describe con las siguientes palabras: "los norteamericanos eran enemigos de nuestro pueblo" (es decir de los latinoamericanos), "y al mismo tiempo lo eran del norteamericano", sino que también la guerra "de baja intensidad" es en verdad una guerra total llevada a cabo mundialmente, a la cual nada ni nadie puede sustraerse.

Esta universalidad de la guerra se agudizó aún más cuando con la intervención de EEUU en Panamá se comenzó a transitar hacia una nueva doctrina militar: la guerra de "mediana intensidad", como la que sería aplicada por primera vez en su

totalidad durante la guerra del Golfo (ver Klare, 1991). El consiguiente aumento de la práctica de la violencia militar contra un “enemigo” exterior, sólo puede ser impuesto al precio de aumentar la conducción de la guerra psicológica contra las mentes y corazones de la propia población.

Como lo muestran los informativos en los medios de comunicación durante la primera semana de la guerra del Golfo, esta guerra psicológica reviste —al menos tendencialmente— formas derivadas de la tortura psicológica.

En esto se debe tomar en cuenta que las consecuencias de un clima de opresión no sólo afectan a aquellas capas de la sociedad directamente reprimidas sino, básicamente, a todas las capas de la sociedad, ya que todas se tienen que adaptar a la situación, incluyendo las que creen sacar provecho de las condiciones imperantes y las que realmente lo hacen (Martín-Baró, 1991).

Del mismo modo que en un sistema de terror no existe nadie que no se vea afectado, en una guerra global como la del Golfo nadie puede sustraerse a la lógica de la guerra, ya sea como víctima o como victimario. Sin embargo, no se pueden comparar las influencias de la conducción de la guerra psicológica sobre la opinión pública occidental con los traumatismos extremos sufridos por una víctima de torturas, pero sí se puede comparar el traumatismo acumulado que significa vivir bajo un terrorismo de Estado. La guerra del Golfo no sólo abrió una nueva dimensión desde el punto de vista político militar en la conducción de una guerra contra el Tercer Mundo, sino que al mismo tiempo, para ayudar a que las políticas de guerra se impusieran, la sugestión psicológica de la opinión pública occidental adquirió una nueva dimensión que está —al menos estructuralmente— emparentada con los métodos del terror.

Los elementos principales de la conducción de la guerra psicológica por medio de los cuales se debía conseguir esta sugestión eran la desinformación y la no-información, con vistas tanto a la desestabilización psicológica como a la polarización de la población.

Estados Unidos consiguió orientar prácticamente casi todos los medios de comunicaciones occidentales en torno de su conducción de la guerra psicológica, atándolos a informativos de guerra que no sólo no informaban de los motivos y objetivos de ella, sino que tampoco entregaban información alguna ni sobre su desarrollo ni sobre las víctimas que causaba. Al mismo tiempo, esta conducción proporcionaba la sensación de que la gente podía participar directamente en la guerra, al poder seguir en vivo su desarrollo a través de las pantallas de televisión.

Estos informativos de guerra eran controlados a través de un catálogo de reglas básicas (Operation Desert Shield Ground Rules), determinadas por el Ministerio de Defensa de EEUU, que contenía estrictas medidas de censura y reglamentación del lenguaje, por medio de las cuales las informaciones se volvían vagas y carentes de contenido. Además se entregaron reglas para los medios informativos (Guidelines for News Media), según las cuales, a los periodistas no se les permitía acompañar a las tropas en combate sin una escolta militar (de tal manera que sólo llegaban hasta donde se les dejaba llegar para ver lo que se les quería mostrar) y sólo debían conformarse con los llamados “Pool de informaciones”. A muy pocos

periodistas —prácticamente casi todos norteamericanos— se les permitió el acceso al frente de combate y sus informes debían ser entregados a la censura, para ser aceptados y puestos posteriormente a disposición de todos los demás periodistas (cf. Kempf, 1991, pp. 23 y ss.).

De esta manera, se consiguió impedir que fueran entregadas informaciones auténticas, como aquellas que habían influido sustancialmente en la opinión pública durante la guerra de Vietnam.

Ahora, en cambio, fueron mostradas “hermosas” imágenes de exitosos bombardeos que daban la impresión de una guerra “limpia” contra objetivos militares, de los cuales el pueblo parecía quedar excluido. Las dudas surgidas sobre la veracidad de estas informaciones, se confirmaron por el hecho de que siempre fueron mostradas las mismas imágenes, que debían —supuestamente— mostrar cada vez algo distinto.

En lo que se refiere a la situación psicológica conseguida, todo apunta hacia la creación de una situación de “doble vínculo”. Precisamente porque el sujeto se da cuenta de que se le miente, de que se le niega información y de que no puede formarse un juicio, se ve obligado a creerle a aquellos que le mienten y que le niegan informaciones, dándose incluso el caso, ahí donde surgen dudas, de defender esas mentiras.

En psicología clínica se tomó conciencia de este doble vínculo, al determinarse como causa del desarrollo de trastornos esquizofrénicos del pensamiento (cf. Bateson et al., 1956, pp. 251-264). Características del doble vínculo son:

1) una relación muy intensa con otra persona o institución, en la cual se hace absolutamente necesario comprender exactamente sus mensajes para poder reaccionar en forma apropiada ante ellos. En el caso concreto de la guerra del Golfo, la intensidad de esta relación está asegurada por el solo hecho de la monopolización de los medios de comunicación;

2) en sus declaraciones, esta persona o institución entrega dos mensajes contradictorios. En este caso concreto, por un lado se trata de darle al mensaje informaciones con contenidos veraces, mientras que, por otro, se entrega el mensaje de que por razones de censura estas informaciones no son dignas de crédito, y

3) la persona afectada no puede asumir una posición ante estos mensajes contradictorios —lo que en este caso concreto fue impedido por el solo hecho de la falta de fuentes de información independientes— y tampoco puede abstraerse de esta situación, resultado de la omnipresencia de la guerra.

El uso sistemático del doble vínculo en los métodos de tortura psicológica adquirió una trágica reputación sobre todo durante las dictaduras latinoamericanas, en los años setenta y ochenta.

En dichos métodos puede existir una división del trabajo entre dos o más torturadores, de los cuales uno toma el rol del interrogador comprensivo, paternal y amistoso, mientras que los demás se comportan en forma enemistosa y agresiva, de tal manera que la víctima recibe mensajes contradictorios referentes a la relación existente entre ella y la institución, sus intenciones y la posibilidad de salir de ahí.

Otra variante consiste en que un mismo torturador asume ambas actitudes con-

tradictorias. Por ejemplo, puede ser físicamente agresivo pero verbalmente amistoso, o muestra un vaivén constante entre el sadismo y la amabilidad, por medio del cual también se logra que el detenido nunca sepa con claridad sobre su situación y que, por ende, no pueda desarrollar ningún tipo de estrategia de defensa (cf. Keller, 1981).

A raíz de la aplicación de dobles vínculos en la práctica de la tortura psicológica, se cuenta en la psicología con algunos estudios que tratan de las consecuencias que perduran a largo plazo. Según esos estudios, no pocas víctimas de torturas manifiestan una persistente dependencia de las manipulaciones de terceros en su razonamiento y en su percepción de la realidad. Traumas psicosociales —también generados en la guerra por los medios de comunicación— como la destrucción de los sistemas de referencia por medio de dobles vínculos, llevan a un proceso de deshumanización cuyos síntomas pueden considerarse como intencionados en el marco de la conducción de la guerra psicológica (ver Samoyoa, 1987, pp. 213-225). Entre estos síntomas se encuentran:

- la desatención selectiva y el aferrarse a prejuicios;
- la exigencia de lo absoluto e idealizaciones;
- escepticismo escapista;
- actitudes defensivas paranoicas que, entre otras cosas, merman la capacidad de razonamiento y hacen insensible ante el dolor de los demás.

En el grupo del Proyecto “Friedensforschung” (Investigaciones para la Paz) de la Universidad de Constanza, trabajamos actualmente en una investigación en la que revisamos algunas de las repercusiones psicológicas de la guerra del Golfo en la República Federal de Alemania. El punto de partida de nuestro estudio está formado por las observaciones cotidianas hechas en el lugar de trabajo, en el barrio de residencia, en el círculo de amistades y en la familia. Y estas observaciones cotidianas parecen apuntar a que el doble vínculo conseguido con la puesta en escena de la guerra del Golfo en nuestros medios de comunicación —aunque aminorado por la duración temporal relativamente corta del conflicto— produce las mismas consecuencias ya antes observadas en varios países latinoamericanos como repercusiones del terrorismo de Estado.

Algunos de estos síntomas aparecieron espontánea e inmediatamente después del inicio de la guerra; entre ellos tenemos el empobrecimiento de la capacidad de razonar con claridad, frecuentemente acompañado de una sensación de pérdida de la realidad, como si el ser humano estuviese sesgado de ella, como si una densa nube le separase de su prójimo.

Contrariamente a estos síntomas, otros sólo pueden advertirse, más que nada como efectos a largo plazo. Entre ellos se puede mencionar la profunda agonía en la cual cayeron los movimientos contra la guerra después de que cesaron los combates y que incluso influyó sobre las ciencias pacifistas. Así, por ejemplo, uno de los seminarios planeados para septiembre de 1991 en la Universidad de Giessen sobre el tema “Política de la expulsión: el rol de las ciencias sociales y los medios de comunicación”, tuvo que ser nuevamente suspendido porque sólo se presentó un exponente interesado. Evidentemente, ejemplos como éste pueden interpretar-

se de diferentes maneras. Una interpretación posible sería que la agonía en que cayeron los movimientos antibélicos puede considerarse como la expresión de un síndrome de desmoralización, en el cual el ser humano no le ve sentido alguno al hecho de situarse en pro o en contra de algo, sino que, en cambio, se limita fatídicamente a recibir los hechos, porque le falta la confianza de poder realizar algo efectivo en contra de ello (ver Kempf, 1988, pp. 77 y ss.). Esta interpretación se ve también apoyada por la sensación frecuentemente percibida de que sería mejor no tener nada que ver con estas cosas, la cual también se puede notar en la forma en que cambió el consumo de medios de comunicación en la República Federal Alemana durante y después de la guerra del Golfo.

En un estudio piloto que realicé con Michael Reimann en noviembre de 1991 sobre una encuesta hecha a los estudiantes de la Universidad de Constanza, pudimos establecer que el interés en los medios de comunicación durante la guerra del Golfo aumentó considerablemente (cabe hacer notar que en la República Federal de Alemania los estudiantes constituían la médula de los grupos de oposición a la guerra del Golfo) y que, posteriormente, este interés descendió por debajo del promedio que tenía antes de la guerra. Más de las tres cuartas partes de los encuestados vieron por lo menos un noticiero televisivo diariamente y algún programa político varias veces en la semana. La misma cantidad leyó por lo menos un diario al día y un semanario por semana.

Este alto consumo de medios de comunicación durante la guerra del Golfo muestra la intensidad que adquirió la necesidad de información. Casi el 90% de los encuestados admitieron haber visto más noticieros y programas políticos durante la guerra del Golfo que antes de ella. La misma cantidad admitió haber leído diarios durante la guerra del Golfo con más frecuencia que antes.

Como era de esperarse, el consumo de medios de información disminuyó nuevamente con el fin de la guerra. Aquí cabe señalar que esta disminución fue tan fuerte, que ella no se puede explicar sólo por el hecho de la "normalización" de las necesidades de información, puesto que más de un tercio de los encuestados ven hoy menos noticieros y programas políticos en la televisión y dos tercios de los encuestados leen menos diarios que antes de la guerra. No se detectó ningún caso en el que haya habido un aumento del consumo de medios informativos con relación al período anterior a la guerra.

Cuando se intentan reconstruir las circunstancias en que surgen estos síntomas, uno no encuentra únicamente aquellos dobles vínculos resultantes de la forma de funcionamiento de los medios de comunicación y de las condiciones impuestas por la censura y que determinaron la relación del sujeto con los medios de comunicación. La campaña de desinformación llevada a cabo por estos medios de comunicación, a través de la cual se debían conseguir el apoyo público a la guerra y el quiebre de la oposición a ella, tuvo como consecuencia que la relación del sujeto consigo mismo estuviese impregnada de dobles vínculos.

De esta forma, la fórmula "nunca más fascismo, nunca más guerra", que para muchos alemanes resumía la lección aprendida de la Segunda Guerra Mundial, fue puesta de cabeza para legitimar la guerra del Golfo. Con la equivalencia hecha

entre Saddam Hussein y Adolf Hitler (y paralelamente además, la equivalencia de nombre hecha entre las fuerzas combatientes multinacionales con las de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial), a los alemanes se les confrontó con la fórmula contraria “nunca más fascismo, por eso guerra” y con ello se consiguió aumentar el miedo a volver a fracasar ante los ojos de la historia. Por la falta de informaciones alternativas sobre las causas y la generación del conflicto, así como por el desconocimiento de los verdaderos objetivos perseguidos en esta guerra por EEUU y sus aliados, al ser humano se le impidió contestar de manera eficaz y responsable a la pregunta de si la guerra de EEUU contra Irak era digna de ser apoyada o no. No importando el partido que tomara, ya sea por los pacifistas o por los belicistas, el individuo debía desconfiar de sí mismo y de la posibilidad de haber tomado acaso nuevamente la decisión equivocada.

El deseo de que lo mejor sería no tener nada que ver con estas cosas, no es más que la consecuencia lógica de una escenificación que desde un principio no tuvo otro objetivo que ahogar en germen la crítica pública. En relación con esto, el que la guerra psicológica no consiguiera quebrar totalmente el movimiento antibélico, confirma una experiencia vital hecha también bajo un régimen de terror. A pesar de los métodos desarrollados por el terrorismo de Estado para ahogar en germen toda oposición (Riquelme, 1990, p. 122), en ningún país latinoamericano los detentores de los regímenes de fuerza pudieron conseguir una sumisión incondicional. Más aún, la aplicación organizada de la violencia en Latinoamérica hizo surgir una forma de resistencia que buscó su modo de expresión ante la opinión pública para dar cuenta de los detalles de la represión sistemática (Riquelme, 1987, pp. 96-101). En este sentido, tomar estas experiencias vitales existentes bajo el terrorismo de Estado, no sólo nos sirve para aclarar las formas del efecto de la guerra psicológica sino que, paralelamente, nos abre una perspectiva respecto al grado de las tendencias emancipatorias de oposición que pueden surgir desde las más profundas tinieblas.

(Traducido del alemán por Andrés Krug).

Bibliografía

- Bateson, G. et al. (Jackson, D., Haley J., Weakland J.) (1956) Toward a theory of schizophrenia, en: *Behavioral Science*, 1.
- Kempf, W. (Hrsg.) (1990) *Medienkrieg oder «Der Fall Nicaragua»*. Argument. Hamburg.
- Kempf, W. (1991) Verdeckte Gewalt. Herausforderungen an Friedensforschung, Friedens- und Solidaritätsbewegung zu Beginn der 90er Jahre, en: Kempf, W. (Hrsg.) *Verdeckte Gewalt. Psychosoziale Folgen der Kriegsführung niedriger Intensität in Zentralamerika*. Argument. Hamburg.
- Keller, G. (1981) *Die Psychologie der Folter*. Fischer. Frankfurt.
- Keupp, H. (1988) Psychische Störungen im gesellschaftlichen Lebenszusammenhang, en: Davison, G. C./Neale, J. M. *Klinische Psychologie*. Psychologie Verlags-Union. München.
- Klare, M. T. (1991) Krieg den Aufsteigern. Die neue US-Doktrin der ‘Konflikte mittlerer Intensität’ (MIC); en: *Blätter für Deutsche und Internationale Politik*, 3.

- Martín-Baró, I. (1991) Die psychischen Wunden der Gewalt, en: Kempf, W. (Hrsg.), *Verdeckte Gewalt. Psychosoziale Folgen der Kriegsführung niedriger Intensität in Zentralamerika*. Argument. Hamburg.
- Samoya, J. (1987) Guerra y deshumanización. Una perspectiva psicosocial, en: *Estudios Centroamericanos (ECA)*, N° 461.
- Riquelme, H. (1990) Das grauenerregende Wirkliche. Psychokulturelle Auswirkungen des Staatsterrorismus in Südamerika, en: Kempf, W. (Hrsg). *Medienkrieg oder "Der Fall Nicaragua"*. Argument. Hamburg.
- Riquelme, H. (1987) Südamerika: Menschenrechte und psychosoziale Gesundheit, en: *Recht und Psychiatrie*, V/3: 96-101.